

# Detalles

Xavier Busquets Font



# Capítulo 1

## Detalles

El detalle encierra muchas veces buena parte del conocimiento y la comprensión del viaje. A veces, cerca de nosotros subsisten calladas algunas de las pistas de nuestras búsquedas. Hay viajes aparentemente grises a esos destinos no destinos, que esconden sepultados en sus resquicios, interesantes cosas que nos explican de nosotros mismos. La generalidad forma parte del viaje, pero tal vez la esencia pueda hallarse en el detalle.

A primera vista, la generalidad puede ser la imagen inmediata que tenemos de los Pirineos asociándolos a la belleza de la montaña. Naturaleza descrita en picos y valles, ríos lagos y abundante vegetación. La cordillera que arranca en el mar por ambos lados de la Península. Un extremo emerge del verde intenso del Cantábrico, el otro, de la cubierta semi desnuda del Mediterráneo, desprendiéndose del mar en roca áspera cubierta de matorrales, estepas, romeros brezos, tomillos, y fenazos. El extremo mediterráneo ofrece una panorámica excelente desde el Querroig, la cima pirenaica más cercana al mar. Desde lo alto la vista es espléndida. La mirada hacia el oeste descubre las cumbres de los Pirineos orientales, Al este, sobre la costa y el mar, el Cabo de Creus se adentra en el azul que se extiende hasta su horizonte difuso. Al norte, la llanura del Rosellón francés, y al sur, las comarcas catalanas más norteñas. Al pie de la montaña bañados por el mar, dos pueblos: Portbou en territorio español y Cerbère en territorio francés. Están separados por una pequeña loma fronteriza repleta de chumberas y herbazales, por la que serpentea una carretera corta desde cada uno de los núcleos hasta la frontera: el cuello de Belitres, por donde el año mil novecientos treinta y nueve, cien mil personas pasaron hacia el exilio. Los dos pueblos, además de compartir el pequeño montículo que los separa, también participan de la decrepitud, signo de prósperos tiempos pasados, cuando el tráfico ferroviario fronterizo creó grandes estaciones levantadas en plataformas extensas atravesadas de vías en ambos municipios. Actualmente, la obsolescencia de estas infraestructuras medio vacías sigue deformando el perímetro urbano a ambos lados de la montaña.

Portbou es un pequeño pueblo que no es un destino. Lugar de pescadores anidado en una cerrada cala cuya prosperidad y decadencia le vinieron a través de la frontera. Ser el último pueblo para los que vienen de la Península y el primero para los que cruzan la frontera desde tierras francesas le confiere un aire de final de trayecto cargado de melancolía. Durante la Guerra Civil fue bombardeado más de cincuenta veces por los aviones Junker de la Legión Cóndor. Después de la guerra, entre los edificios de época que quedaron enteros se levantaron inmuebles sin personalidad, propios de un desarrollismo que iba a destajo. Esta

circunstancia añadida a la estrechez que provocan las montañas y al espacio exiguo entre la playa y la enorme estación, han definido un resultado urbanístico y edificatorio anodino que contribuye al desencanto. Aunque la belleza natural de la cala es imponente, el lugar se percibe triste y vacío. Los grandes edificios ferroviarios languidecen desocupados degradándose y degradando el entorno; los hoteles son antiguos y decaídos. De los casi cuatro mil habitantes que había en los años treinta del siglo veinte hoy hay poco más de mil.

Sin embargo, Portbou goza de un detalle histórico que lo ha proyectado por todo el planeta en forma de tragedia. En un extremo del núcleo, sobre un acantilado que se abalanza sobre el mar, hay el cementerio y un discreto memorial. La filósofa judía Hanna Arendt lo visitó y escribió: "El cementerio da directamente a la bahía sobre el Mediterráneo; está tallado en la piedra y se desliza en el acantilado. Es uno de los lugares más fantásticos y bellos que yo he visto en mi vida ". Corría el año mil novecientos cuarenta, poco después de que su amigo Walter Benjamin muriera en este reducto pirenaico. Benjamín, también filósofo judío alemán perseguido por la Gestapo, llegó a Portbou el veinticinco de septiembre de mil novecientos cuarenta, hospedándose en el Hotel de Francia. Tuvo siempre una mirada retrospectiva sobre la historia que esta desgraciada experiencia confirmó. La frontera en todo momento abierta, aquel día se cerró y Benjamin intuyó que se había cerrado para él. Un maletín encontrado en la habitación del hotel fue todo lo que llevaba en su huida desesperada hacia los Estados Unidos. Al día siguiente, la frontera se volvió a abrir, pero ya no para él que, con su decisión de no seguir vivo, había inmortalizado el pueblo. Portbou ha ganado para siempre un lugar en las geografías del pensamiento filosófico. Benjamín, el pensador de los detalles, es tan rico que no se puede clasificar, pero, si algo lo significaba en su búsqueda, era la observación de lo ignorado, lo irrelevante para los demás, lo periférico, lo que escondido podía rescatar para darle sentido. El filósofo proporciona una de las claves del viaje: la observación de los detalles para comprender la generalidad.

El pequeño municipio que cierra la costa ampurdanesa tiene ese aire de final de trayecto del que uno quiere sin embargo escapar cuanto antes. Por la frontera un país empieza y otro se acaba, como Portbou y Cerdère separados por seis kilómetros y un cordón transparente que define política, economía, cultura y lengua; cosmovisiones diferentes sólo separadas por algunas curvas. Sin embargo, la frontera percibida como imaginación geográfica y convención administrativa destinada a delimitar, incluir y excluir, puede ser a la vez una opción vital donde se sufre un desamparo crítico, a veces una inseguridad forzada por la omisión. Franja desolada muchas veces atravesada por el conflicto permanente, aunque algunos pocos necesiten franquearla a menudo o residir en ella con sus angustias. El perfil fronterizo es así periferia; mirada silenciosa sobre

territorios ruidosos donde pasan las cosas. Este aire de margen fronterizo es el que eligió este gran hombre atraído por los detalles.